

Bienaventurados los que Lloran:

La Herida de parte de la Madre

Bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados. (Mateo 5:4)

La palabra “llorar” en Mateo 5:4 es una de las 9 palabras usadas para aflicción o llanto en el Griego del Nuevo Testamento. Jesús pudo haber escogido muchas palabras para expresar aflicción, tristeza y dolor. Pero la que escogió es la más severa para angustia: La palabra griega *pentheo*, que literalmente puede ser traducida como “angustiar con tal dolor que toma posesión de uno mismo y no puede ser escondido.” Esto es un llanto consumidor, el tipo de dolor que experimentamos cuando perdemos a alguien importante para nosotros o cuando somos heridos por alguien importante para nosotros.

Jesús está hablando de una conciencia aguda de nuestra falta y profundo anhelo por la plenitud que sólo Dios puede proveer. Dios anhela consolar y sanar las partes quebrantadas de nuestro corazón. Es su deseo traer plenitud a Sus hijos. Las heridas pueden venir de parte de cualquier persona o evento, pero el daño más grande hecho a nuestra alma es de parte de aquellos cercanos a nosotros.

El Propósito de Dios en los Padres

Las dos personas que tienen un gran nivel de influencia en nosotros – y por tanto el gran potencial para herirnos – son nuestras madres y nuestros padres. Fue intención de Dios que tuviéramos padres perfectos, pero se hizo imposible cuando el pecado de Adán y Eva permitieron al mal entrar en el hombre y la mujer. Adán y Eva ya no estaban limpios de pecado, y sus habilidades parentescas (y aquellos padres que le siguen) serían menos perfectos desde ese punto en adelante. No importa cuán buenos hayan sido nuestros padres, fueron/son menos que la intensidad perfecta de Dios.

Aunque nuestros padres no son perfectos, Dios anhela que aprendamos de Él a través de ellos. Nuestras madres están para enseñarnos cómo recibir amor. Nuestros padres están para enseñarnos cómo crecer y caminar maduramente - están para llamarnos y ponernos nombre. Cada uno expresa diferentes aspectos del carácter de Dios.

Fuimos creados a la imagen de Dios: “²⁶Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza...²⁷Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó...” (Génesis 1:26-27). Dios nos enseña a través de la creación del hombre y la

mujer que Dios es ambos. Tiene los atributos de ambos en Él. Nos da imágenes de palabras que nos ayudan a ver su aspecto de alimentar. El Shaddai, uno de los nombres de Dios, ha sido traducido por muchos estudiosos judíos como “el numeroso – o el de grandes-pechos.” Esta visión de esta palabra no es literal, pero muestra su suficiencia de provisión para Sus hijos. El Señor anhela padres que expresen y modelen esto en sus hijos.

Amor de Madre

Mientras el varón siempre es presentado o reconocido por las acciones, la mujer es presentada en “ser” o “recibir.” A través de nuestras madres, Dios nos enseña cómo recibir. Nuestras madres son nuestra primera fuente de vida y feminidad – alimentación y ternura.

Sal. 22:9-10 dice, “⁹ Porque tú me sacaste del seno *materno*; me hiciste confiar desde los pechos de mi madre. A ti fui entregado desde mi nacimiento; desde el vientre de mi madre tú eres mi Dios.” Dios, en Su sabiduría, diseñó nuestras vidas para que nuestros primeros nueve meses fuesen dentro de la cálida seguridad del vientre de nuestra madre, recibiendo vida de su cuerpo. Después de nacer, nos alimentamos del pecho de nuestra madre. La sensación piel-con-piel, el arrullo de las manos de mamá, y su mirada cariñosa está hecha para sentirnos a salvo y para recibir su amor incondicional. Aprendemos a confiar desde el pecho de nuestra madre. La imagen de un niño siendo alimentado es de consuelo, amor y seguridad. Si no aprendemos a confiar y recibir del amor de nuestra madre, aprenderemos lo opuesto – temer, específicamente el rechazo.

En el griego hay cuatro palabras diferentes para el amor, mientras que en el inglés hay sólo una palabra para muchas expresiones (Yo amo a mi esposa, Yo amo el helado, Yo amo a Dios). En el griego, el amor de madre es conocido como *storge*. La palabra *storge* denota afectos naturales. Viene de la palabra “stork” (cigüeña) y está basado en lo que el antiguo griego observó sobre el tierno amor que las cigüeñas expresaban entre ellas. Las cigüeñas regresan al mismo nido cada año con el mismo macho, y aún estaban juntos. Las cigüeñas jóvenes se encargaban de las mayores alimentándolas y dejándolas descansar en sus alas mientras volaban largas distancias. Esto es una imagen de lo que el amor maternal debería ser.

El amor maternal es administrado en tres formas primarias: 1) Grandes cantidades de tacto afectuoso, 2) contacto visual, y 3) tono de voz (no sólo las palabras “te amo”, ya que los bebés no comprenden el lenguaje, sino el tono de voz). Estas tres expresiones de amor son vitales para nuestra plenitud. Debemos preguntarnos: ¿Escuchamos una voz tierna cuando éramos pequeños? ¿O escuchamos gritos porque nuestras madres estaban cansadas de la vida? ¿Cuándo necesitábamos algo, lo satisfizo nuestra madre? ¿O nos gritaba y decía que nos calláramos o dejáramos de llorar? ¿Aprendimos a confiar desde el pecho de nuestra madre?

Sensibilidad de los Bebés hacia las Emociones

Buscar el quebranto del pasado en una edad temprana en nuestras vidas puede parecer extraño, pero los bebés son más sensibles de lo que pensamos. Podemos leerlo, aún en el vientre,

Jacob y Esaú peleaban por su primogenitura (Génesis 25:22-26). Los gemelos a los que Tamar dió a luz luchaban por el estatus del primogénito (Génesis 38:27-30).

Hoy sabemos que las emociones son una serie de reacciones químicas y hormonales complejas en nuestro cuerpo. Cuando una persona siente temor, ansiedad o depresión, hormonas y químicos son secretados en el riego sanguíneo. Las hormonas y químicos de la madre traspasan las paredes de la placenta hacia el bebé. Por tanto, lo que la madre siente, el bebé lo sentirá a cierto nivel. Si la madre está llena de ansiedad, temor o depresión, igualmente el bebé puede sentir esas emociones. Muchos de nosotros sentimos rechazo en el vientre. Sabíamos que no éramos queridos, o que nuestros padres querían un niño en vez de una niña.

Nuestra Necesidad de Amor

Para muchos de nosotros, nuestros padres satisficieron nuestras necesidades físicamente, pero no compensaron nuestro anhelo por ternura, amor y afecto. Para encomendarnos a Dios y recibir Su amor, primero debemos aprender a confiar y recibir de nuestra madre.

Dios es amor. Dado que Dios es amor, y fuimos hechos a su imagen, tiene sentido que fuimos creados para amar. Dios creó nuestros padres para fuesen un regalo de amor para nosotros. Nos amarían y nos enseñarían a recibir y dar amor. Pero las iniquidades de nuestros ancestros de la tercera hasta la cuarta generación (Éxodo 34:7) trajeron devastación a la vida de nuestros padres. Hay un dicho que dice “la gente herida hiere gente.” Nuestros padres nos amaron de la única manera que sabían hacerlo, tras el dolor y la devastación en sus vidas, y fuimos heridos por sus quebrantos.

Amor *storge* trae paz, descanso y consuelo. Su falta nos llena de ansiedad, temor, soledad y quebranto. Dios nos creó para este amor. Lo necesitamos para que nuestro cuerpo físico y emociones funcionen normalmente. Si no hemos sentido el toque de afecto, o escuchado la voz o los ojos llenos de cariño, a menudo nos permitiremos ser amados de una manera incorrecta más adelante en la vida. Si el amor *storge* no fluyó libremente cuando éramos jóvenes, nos acercaremos a lo que pueda consolar nuestra angustia, como el alcohol, drogas, sexo, masturbación, pornografía, comida, televisión, relaciones por internet, flagelarse, apuestas y otras formas de falso consuelo.

La Historia de Donna

Mi madre nació en una casa llena de abuso. Contrajo matrimonio después de la escuela superior para escapar, pero su nuevo hogar repitió los mismos patrones de conflicto, ansiedad y tensión. Mi padre era bien demandante y abusó verbal y físicamente de mi madre y de nosotras siendo pequeñas. Todos vivíamos en temor de su temperamento. Nada de lo que hacía parecía ser suficiente para ninguno de mis padres.

A los ocho años, mis padres se divorciaron y me quedé con mi madre. Pensó que ahora podría tener la vida que siempre deseó. Comenzó los años viviendo locamente, bebiendo, en drogas y sexo. Nuestra casa siempre estaba llena de personas divirtiéndose, drogas y sexo libre. Rápidamente mi madre se casó con un hombre de 18 años a quien le restaba importancia a las tres niñas que se encontraban con ella. Si mi padre fue abusivo, este hombre era diez veces peor. Muchas veces llegamos a pensar que mataría a mi madre y a nosotras. Estas no son reflexiones de niñas ingenuas; este hombre se encuentra en sentencia de muerte el día de hoy por asesinar a dos personas.

Eventualmente nuestra madre se divorció de él y contrajo matrimonio con otro. Este hombre no era violento. Sin embargo, era un alcohólico que no trabajaba, y abusaba sexualmente de mí y mis hermanas cuando mi madre no estaba en casa. Puedo recordarme despertando y luchando con sus manos sobre mí. Gritaba dentro de mí, “Dios, por favor ayúdame. Por favor haz que alguien venga para que él se detenga.”

Después de este padrastro, mi madre no se casó con ninguno de los que llegaron después. Varios hombres entraron y salieron de nuestras vidas. Muchos de ellos nos maltrataron y nos miraban con lujuria en sus ojos al vernos crecer. Pero un hombre, J.C., fue diferente a los demás. Fue dulce con mi madre y con nosotras. Hasta nos dió regalos de Navidad (no recibíamos regalos a menudo ya que recibíamos ayuda del gobierno). Pero mi madre no podía soportar un hombre que era bondadoso con ella. Ella no se respetaba a sí misma y no podía aceptar a alguien que verdaderamente la amara, así que se marchó. El día que él se fue, tomé un marcador y enojada escribí en todos los regalos de navidad que él nos había dado “de J.C., de J.C.” Ese día juré que no volvería a confiar en ninguna otra persona – sea hombre o mujer. ¿Sabe qué? podía soportar cuando los otros hombres se marchaban. Pero cuando el hombre bueno se fue, esta niña dijo en su corazón, “¡No más! ¡No puedo soportarlo más!”

A los 18 años, había buscado el amor en una relación no saludable con un hombre mayor. Entonces comencé a trabajar con un grupo de lesbianas que me dieron amistad y gentileza. Sin importar el juramento que hice cuando J.C. se marchó, valoré la gentileza de las chicas. Me mudé con una de las mujeres y le hice saber que no era lesbiana. Pero, eventualmente, me di a la vida de homosexualidad que ella estaba ofreciendo. Decidí que esta era quien realmente yo era. Nací de esta manera y no había nada que me hiciera cambiar. Estaba decidida con respecto a mi nueva vida. Pero ella terminó dejándome, y huí de una relación lesbiana terminando en otra.

Sólo tenía 19 años cuando me ofrecieron una beca en General Motors como técnica de laboratorio (había ido a la escuela de robótica y me había graduado). Era la primera mujer con esa posición en el laboratorio. Mi trabajo era difícil y mis relaciones con los demás no iban bien. Estaba sola y angustiada. Un día en el trabajo, entré al baño e hice una verdadera oración por primera vez. Dije, “Dios, necesito tu ayuda. No puedo hacer esto. Por favor enséñame de qué se trata la vida. ¿Quién fue Jesús? ¿De verdad es tan importante?” Dios escuchó mi petición ese día, pero me la contestó de una manera que no esperaba.

Viernes Santo llegó, y le pregunté a mi madre si podíamos ir a la misa. (Habíamos crecido en el catolicismo, aunque sólo era de nombre.) Los católicos tradicionalmente tienen un tiempo de silencio desde el medio día hasta las 3:00 PM para simbolizar el tiempo que Cristo estuvo en la cruz, y quería estar ahí en ese momento. Probablemente mi madre pensó para sí misma, "¿Ir a la iglesia? ¿Quién, mi rebelde, hija lesbiana?" Pero ella recogió a mis hermanitas y fuimos.

Entramos a la iglesia, y una emoción extraña vino sobre mí. Era esa triste emoción que uno siente cuando alguien muere. Pensé, "Esto es extraño. Nunca había sentido esto antes cuando iba a la iglesia." Había una cruz gigantesca de madera al frente de la iglesia. A las 3:00 pm, todos se aproximaban a la cruz, se arrodillaban y se persignaban, en memoria de la muerte de Cristo en la cruz. Pero al sentarme en mi banco y mirar a la cruz, vi que no estaba vacía. Un hombre estaba en ella.

Nadie me había hablado de visiones, y jamás había tenido una antes. Pero estaba viendo a Jesús muriendo en la cruz por nuestros pecados como si en realidad estuviese pasando en ese momento. En un momento, todo tuvo sentido para mí.

"Por eso vamos a la iglesia. Todo se trata de Él, Jesús," Me dije a mí misma. Comencé a llorar, pero lo escondí, no queriendo que mi madre pensara que estaba perdiendo la cabeza o que estaba usando drogas. Cuando fue mi turno para caminar hacia la cruz, continué llorando. Sé que lo que estaba sucediendo era arrepentimiento, pero todo lo que podía hacer era llorar. Regresé a mi banco, me arrodillé y escondí mi rostro de los demás.

Fue cuando Dios me habló. Toda mi vida Dios parecía haber estado lejos y distante. Pero esta vez estaba cerca, muy cerca. Me dijo, "Haz buscado el amor por todas partes, pero Yo te amo y Yo morí por tus pecados."

Nadie me había dicho que Dios me amaba. Dios no señaló la cantidad de mis pecados, especialmente mi homosexualidad. Me dijo que me amaba.

No volvería a ser la misma desde esa revelación. Por toda mi vida, había visto a los creyentes caer en apostasía dejando la iglesia, pero el amor que Él me reveló ese día era tal que nunca lo abandonaría. Salí de esa iglesia y sabía que no volvería a beber o fumar de nuevo, y sabía que no era más lesbiana.

Sin embargo, la jornada hacia la plenitud no terminó ese día. Dios continuó renovándome, sanando mi corazón. Eventualmente escuché de unas señoras católicas muy gentiles que oraban por sanidad interior sobre personas. Ni siquiera estaba segura si creía que la sanidad interior era una cosa válida pero, cuando vi que ellas estaban llenas de paz y gozo interior, les permití orar por mí.

Tan horrible como mi padre, padrastros y los otros hombres que estuvieron en mi vida, pensé que la mayor parte de mi sanidad sería sobre ellos y el daño que me habían hecho a mí y a mis hermanas. Pero Dios me sorprendió. Comencé a ver que mi problema principal no era con los hombres, sino con mi madre. Ella nunca me protegió. Ese era su trabajo. Ella debió haber hecho lo que estuviera en su poder para protegerme. Y no lo hizo. Tenía amargura y falta de perdón en mi corazón hacia mi madre.

El Señor me enseñó que debía desatar estos sentimientos. Al perdonar a mi madre, la paz llegó a mi corazón y restauración comenzó a trabajar en mi vida. Mi vida no fue la única afectada – ahora, mi madre es una gran creyente y una guerrera intercesora. Mi esposo la ama como una madre; sólo la ve como es ahora y no como era antes. La restauración y el consuelo llegó a las dos generaciones a través del poderoso amor de Dios y el poder del perdón.

El Dios de todo Consuelo

Dios está buscando a gente que le permita ser su Consolador: “³ Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, ⁴ el cual nos consuela en toda tribulación nuestra, para que nosotros podamos consolar a los que están en cualquier aflicción con el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios.” (2 Corintios 1:3-4). Todos tenemos déficits de amor en nuestras vidas –muchos que vienen heridos están relacionados a la falta de amor de parte de la madres – pero debemos ser responsables de cómo tratamos de satisfacer esas necesidades. Ningún ser humano puede satisfacer completamente nuestro anhelo por amor. Debemos ver la realidad de que sólo Dios puede satisfacer los anhelos de nuestro corazón; tenemos que tornarnos del falso afecto.

Dios es la fuente de todo consuelo. El desea llenar todo espacio dejado por la aflicción de nuestro pasado. Su amor es fiel y duradero. Ha puesto muchos versos en la Biblia que, aunque se refieren a personas o naciones en específico, expresan su naturaleza bondadosa y son ejemplos de la manera en que Él se relaciona con nosotros como Sus hijos. Por ejemplo, Él dice, “³...Con amor eterno te he amado, por eso te he atraído con misericordia.” (Jeremías 31:3). Le ha amado con misericordioso amor y lo ha estado atrayendo hacia Él por Su gran bondad desde que era pequeño. No ha habido un momento que no lo haya amado. Él dice, “⁵ Antes que yo te formara en el seno materno, te conocí...” (Jeremías 1:5). Promete estar con usted siempre, al decir en Juan 14:18, “No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros.” Y en Isaías 49:15-16, “¹⁵ ¿Puede una mujer olvidar a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Aunque ellas se olvidaran, yo no te olvidaré. ¹⁶ He aquí, en las palmas de mis manos, te he grabado; tus muros están constantemente delante de mí.”

Los creyentes pueden decir sobre esa revelación del Consolador, “⁶ De ti he recibido apoyo desde mi nacimiento; tú eres el que me sacó del seno de mi madre; para ti es continuamente mi alabanza (Sal. 71:6).”

Bajando nuestras Defensas y Recibiendo Su Amor

Dios siempre ha estado ahí, pero cuando no experimentamos amor, nos aislamos para no recibirlo. Entonces, cuando Dios u otros se nos acercan, tenemos muros levantados a nuestro alrededor y no podemos recibir amor. Dios quiere enlazarse con nosotros y sanarnos si quitamos nuestros muros. Como discutimos anteriormente, Dios se revela como el Todo (El Shaddai). El nos alimentará y sostendrá. Aun si nuestra madre nunca nos alimentó o consoló, Dios satisfecerá nuestros anhelos.

Para recibir el corazón maternal de Dios, debemos hacer tres cosas. Primeramente, tenemos que quitar de nuestra madre la responsabilidad de satisfacer nuestros anhelos – debemos verlas como el ser humano que son y darnos cuenta que ellas mismas no han recibido el amor que desesperadamente necesitan. Segundo, debemos echar abajo el afecto engañoso que ha sido la fuente de consuelo por muchos años. Y finalmente, debemos desear quitar nuestros muros de seguridad y protección dejando al amor entrar, permitiéndole a Dios que encuentre la necesidad más profunda de amor en nuestras vidas. Si está listo para echar a un lado el falso consuelo y aceptar el consuelo de Su amor, por favor haga la siguiente oración.

Bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados. (Mateo 5:4)

Notas finales:

1. Richard Chenevix Trench, *Synonyms of the New Testament* (Grand Rapids, MI: Eerdmans Publishing Co., 1973), p. 238.

Oración

Señor, pido que vengas y me ayudes con uno de los problemas más profundos de mi corazón con tu ternura, amor y misericordia. ¡Cuanto anhelo experimentar tu consuelo! Necesito que tu dulce corazón satisfaga la necesidad mayor de amor *storage* en mi corazón. Sana mis heridas y ayúdame a verte en verdad, para recibir el amor maternal que deseas darme.

Ayúdame a llorar por los años perdidos, el amor y las bendiciones perdidas. Ayúdame a ser honesto contigo respecto a estas cosas que me han afectado. Ayúdame a ser honesto con mi corazón y conmigo mismo(a) respecto a la angustia que yace en mi corazón.

Dios, necesitaba las palabras amorosas de mi madre, y ella no me las expresó. Si no que me hirió con sus palabras y me angustió profundamente. Anhelaba ver amor en sus ojos, saber que estaba seguro(a) en ella, pero me miró con enojo y desagrado. Necesitaba que me tomara en sus brazos y me consolara cuando estaba dolido(a); y en vez de ello me rechazó, indispueta o sin poder alimentarme.

Haga una pausa por un momento y permita que el Espíritu Santo le revele cualquier palabra severa o negativa que su madre le haya dicho. Permita que la angustia sentida por las palabras de su madre salga a relucir. Deposite esas palabras en la Cruz. Permita que Jesús ponga su mano en esas palabras.

Padre, dame la gracia para perdonar a mi madre para no albergar esta angustia en mi corazón. Señor, te pido en el nombre de Jesús vengas y llenes estos espacios vacíos.

Quito mis muros y abro mis puertas a tus bendiciones, tus palabras sobre mi vida. Me hablas con amor y me dices que me amas para conversar conmigo: “¹⁴...déjame oír tu voz; porque tu voz es dulce, y precioso tu semblante.” (Cantares 2:14) Acepto tu dulce voz y tus palabras sanadoras. Escucharé tu voz y no a otros que podrían lastimarme.

Señor, recibo tus ojos de amor y aprobación para mí, pues tu dices, “¹⁶ Tus ojos vieron mi embrión... (Sal. 139:16), Y en Cantar de Cantares 1:16, “¹⁶ Cuán hermoso eres, amado mío, y tan placentero...” Cuando me miras, sólo hay amor en tus ojos, no hay vergüenza ni enojo. Jesús dijo que Dios Padre me ama tanto como a Su Hijo (Juan 17:23). Padre, recibo tu amor, y no miraré a otros buscando lo que sólo Tú puedes darme.

Otra vez, permítale al Espíritu Santo revelar cualquier rechazo que usted sintió de parte de los ojos de su madre. Permítale mostrarle las miradas que su madre le dió que le decían que usted no importaba, que usted era una molestia, o que usted no era de su agrado. Permita que el dolor y la confusión de esas miradas vayan a las heridas de Cristo en la Cruz.

Lléname con tu amor, Dios. Sal. 139:13 dice, “Porque tú formaste mis entrañas; me hiciste en el seno de mi madre.” Señor, te agradezco por quererme y ordenar mi vida – no soy un error. Recibo tu mano de bendición en mi vida (Sal. 139:5). Elijo permitir que tú llenes los vacíos de mi vida. Rechazo el toque impuro y dañino. No daré mi cuerpo para ser usado por otra persona.

Siéntese silenciosamente y permita al Espíritu Santo que le revele cualquier falso amor al que usted se haya tornado en su angustia, sea sexo, comida, sustancias, relaciones, etc. Al mostrarle, hable esas cosas en voz alta. Pídale que lo perdone por satisfacer sus anhelos de manera ilegítima.

Señor, perdóname por buscar satisfacer estos anhelos en otras cosas. Perdóname por todas las expresiones falsas de amor a las cuales yo me torné. Ahora Señor, lléname con tu amor. Ven y visítame; sáname con tu amor maternal. Ven con el bálsamo de Galaad y derrama tu amor sobre mí. Sella esto con la unción del Espíritu Santo. ¡Amén!

4. ¿Cree que puede recibir en este momento el amor de Dios? ¿Qué pasos necesita tomar para estar en un mejor lugar para recibir su amor?